





SF  
BUO

# EL DÓMINE Y EL MONTERO,

PQ6217

T442

V. 80

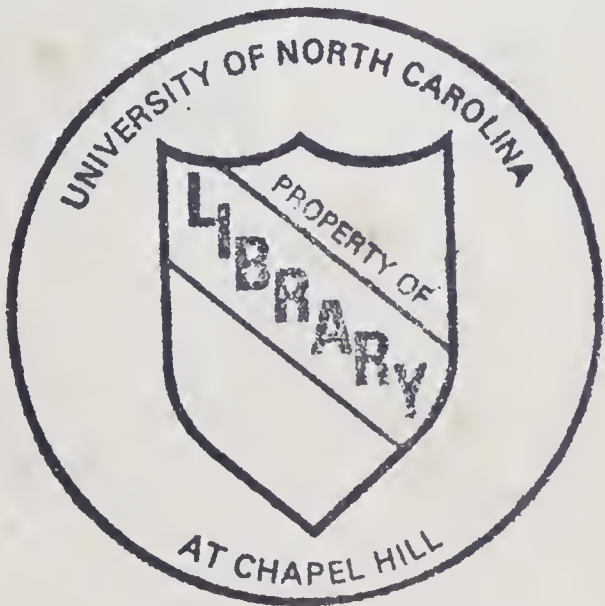
no. 1-5

COMEDIA EN UN ACTO, EN VERSO,

ORIGINAL DE

**D. CAYETANO DE SURICALDAY.**

Representada con aplauso en el teatro de Tirso de Molina la  
noche del 7 de noviembre de 1856.



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1856.

---

*La propiedad de esta comedia pertenece á los señores Gullon y Regoyos, directores de la galeria lírico-dramática EL TEATRO, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.*



## AL LECTOR.

Esta comedia es la última obra de un escritor, cuyo nombre habrá llegado muchas veces á tus oídos, si bien nunca envuelto en las exageraciones del «puff.» — D. Cayetano de Suricalday, muerto desgraciadamente el 10 de julio último en la ciudad de San Sebastian, es autor de mas de veinte producciones, en las que dió evidentes muestras de ingenio y buen gusto literario, como lo confirma el favorable éxito que todas obtuvieron. Las empresas teatrales lograron pingües beneficios con el trabajo de mi difunto amigo. — Representada esta comedia á instancias de mi compañero Leopoldo Bremon y mias, cuatro meses despues de la muerte de su autor, hemos creido consagrar de ese modo un justo tributo de consideracion á nuestro laborioso é inteligente amigo, proporcionando al mismo tiempo á sus muchos compañeros, el conocimiento de una obra de indisputable mérito literario.

He querido consignar aqui este hecho para que se comprenda que si la desgracia llegó á interponerse en el camino del malogrado escritor, conserva en el mundo amigos que han sabido apreciar sus excelentes dotes, y á los cuales ha legado una honrosa satisfaccion con su memoria.

Madrid, noviembre 19, 1856.

*Carlos Soutaura.*

PERSONAJES.

---

ACTORES.

---

ELISA .....	STA. D. <sup>a</sup> MATILDE BAGÁ.
DON CASIANO.....	D. JOAQUIN VIDALES.
BARON .....	D. CEFERINO HERNANDEZ.
EDUARDO.....	D. FEDERICO BLASCO.
CRISTOBAL.....	D. MANUEL FRANCO.
MONTERO.....	D. EDUARDO HERNANDEZ.
MARTIN.....	D. N. N.
Aldeanos.	

---

La escena pasa en las inmediaciones de Soria, á principios del siglo XVIII.



# ACTO ÚNICO.



El teatro representa la entrada de una quinta: á la derecha del público la fachada de la casa; á la izquierda el principio de un espeso bosque y la choza del guarda. Verja en el fondo, que da al campo: árboles y un banco de piedra en la escena. A lo lejos se verán una ermita y una aldea.

## ESCENA PRIMERA.

EDUARDO , *sentado y pensativo*. CRISTOBAL , MARTIN , ALDEANOS: *luego el BARON*. *Al levantarse el telon aparecerán los Aldeanos agrupados mirando hácia la izquierda, saludando con los sombreros y los pañuelos en las manos, y se escuchará en la misma direccion una música militar.*

MARTIN. ¡Viva el rey Felipe quinto!

ALDS. ¡Viva!

CRIST. ¡Ya basta, mastuerzos!  
¿No veis que está media legua la comitiva?

MARTIN. ¡Qué bellos jaeces!... ¡Y reparasteis (*A los Aldeanos.*) qué caballos tan soberbios

tiraban de la carroza!  
Diera yo mi jaco negro  
y mi rucio y mis tres vacas  
por el peor de todos ellos.

CRIST. Puede ser que te perdieras. (*Burlándose.*)

MARTIN. ¡El Barón! Sermon tendremos.  
(*Al marcharse, viendo salir al Barón.*)

BARON. ¿Qué hace la gente parada?

MARTIN. Hemos venido un momento  
para ver al rey de vuelta  
de la caza.

BARON. ¡Acabaremos!  
¿Y tú por qué lo permites? (*A Cristóbal.*)  
¡Por una vez os dispense! (*A los Aldeanos.*)  
Repartid estas monedas  
y gastadlas.

MARTIN. Si lo haremos.  
¡No existe un amo mejor  
en todo el mundo!

BARON. ¡Silencio!  
No me gusta que me adulen.  
¿Entendeis? ¡Esto está bueno!  
¡Cuando uno les da propinas  
es un santo, y un perverso  
cuando con razón les riñe!  
¡Vamos, quitarse de en medio!

MARTIN. Voy á dejar las pistolas  
y el mosquete, y nos iremos  
á la taberna á beber.  
(*Entra en la cabaña, vuelve á salir sin ar-  
mas y se retira con los demas.*)

## ESCENA II.

BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

BARON. ¡Me lo estaba presumiendo!  
Con el vino los bergantes  
se pondrán como pellejos,  
y no habrá santo mañana  
que los haga andar derechos.

CRIST. Pues nadie tiene la culpa.



- BARON. ¡Soy de mis acciones dueño!...  
Es tan brillante el estado  
en que mis haciendas veo,  
que justo me ha parecido  
hacerles algun obsequio.  
Sé que su prosperidad  
solo se debe á tu celo  
en administrarlas bien...
- CRIST. Para eso tengo mi empleo.
- BARON. Lo que es sensible, es que tengas  
un gravísimo defecto.
- CRIST. ¿Cuál?
- BARON. El ser un calavera.
- CRIST. Lo de siempre; eso no es cierto.  
Me calumnian.
- BARON. Pues no salgo  
ningun dia sin que á mi encuentro  
no llegue alguno á contarme  
los arranques de tu genio.  
Tan pronto es una mujer  
á quien has fingido afecto  
y no haces caso; tan pronto  
uno á quien dejaste ciego  
luchando en broma con él...
- CRIST. Ya ve usted que yo no tengo  
la culpa de que mis pobres  
puños tengan tanto peso!  
Y vamos á ver: ¿por qué  
disputo? ¿por qué me engresco?  
Porque murmuran de mí  
ó de mi amigo, ¿no es cierto? (*A Eduardo.*)
- EDUARDO. Si.
- BARON. En fin, tú te enmendarás,  
y te hará pensar el tiempo  
que mas vale que ser loco,  
ser arreglado y discreto.  
Yo tambien, como tú, he sido  
jóven, alegre y resuelto,  
y ha venido la maldita  
gota á tenerme sujeto!  
Igual te sucederá...
- CRIST. ¡No lo permitan los cielos!...

BARON. ¡Todo se muda en el mundo!  
¿Quién, al verme en este yermo  
entre rudos labradores,  
conocerá al caballero  
que tantas veces lidió  
en el español ejército?  
¿Quién al cortesano? ¿Quién  
al rígido consejero,  
que del rey está en desgracia  
por oponerse á sus yerros?  
¡Bonito pago me ha dado!  
Ni él sabe que aquí me encuentro;  
ni aunque estuviese cazando  
cien años, fuera yo á verlo.  
Cada cual tiene su orgullo...  
Pero no quiero hablar de esto.  
Vuelvo á mi tema; ya sabes  
que de tus hazañas tengo  
noticia, con que... (*Sale por el fondo.*)

### ESCENA III.

EDUARDO y CRISTOBAL.

CRIST. Ya estoy...

Pues si dan estos paletos  
en ser chismosos, haré  
un escarmiento con ellos...  
Eduardo, estás insociable...  
¿Por qué te muestras tan sério,  
di?

EDUARDO. Te engañas.

CRIST. Abismado  
siempre en tristes pensamientos,  
mas pareces una estatua  
que un hombre de carne y hueso.  
¿Has reñido con alguno?

EDUARDO. No.

CRIST. ¿Necesitas dinero?

EDUARDO. Tampoco.

CRIST. ¿Quieres venir  
á dar conmigo un paseo?

EDUARDO. No te canses...

CRIST. ¿Qué te pasa?  
Me fastidian los misterios.  
Habla...

EDUARDO. Estoy enamorado.

CRIST. ¿Y qué tenemos con eso?

EDUARDO. ¡Que idolatro un imposible!  
que en la red de este amor preso,  
se agita continuamente  
en lucha horrible mi pecho.

CRIST. ¡Un imposible! ¿Tú sabes  
lo que vale en estos tiempos  
un hombre? ¿Quién puede haber  
que no te admita por yerno?  
¿Cómo se llama la chica?  
En seguida te prometo  
ir á pedírsela al padre.  
Será algún pícaro viejo,  
orgullosa y regañón,  
con sus puntas de usurero?  
Nada importa : ó te la da  
en cuanto le hable, ó le pego.

EDUARDO. Yo soy pobre, y ella es rica.

CRIST. Pero te sobra talento,  
y si os quereis... pues supongo  
que corresponda á tu afecto...

EDUARDO. Seguro estoy de su fé.

CRIST. Entonces la robaremos.

EDUARDO. ¡Estás loco!

CRIST. ¿No te atreves (*Con malicia.*)  
con el santo sacramento,  
y te hace el amor continuas  
cosquillas? ¡Te compadezco!  
¡Conozco bien ese mal  
y da unos ratos perversos!...

EDUARDO. ¡Siempre has de tener salidas  
singulares! Mi deseo  
no alcanza dicha mayor  
que unirme con lazo estrecho  
de mi pasión desdichada  
al idolatrado objeto.  
Es Elisa.

CRIST.                    ¡Diablo! ¡La hija  
del Baron! Ahora ya veo  
que es difícil el negocio...  
Sin embargo, ¡qué sabemos!  
A él no le gusta la córte;  
y aunque siempre está gruñendo  
no es vanidoso y delira  
por la niña... Añade á esto  
que tu padre le salvó  
la vida, que como deudo  
te trata... Debes tener  
esperanzas. Dale tiempo  
al tiempo, que si entre tanto  
te la disputa algun necio,  
yo me encargo de espantarle,  
y no te ha de hacer mal tercio.

EDUARDO. ¿Pero cómo?

CRIST.                    De retóricas  
y de razones no entiendo.  
¿Cómo se espanta? ¡A trastazos!  
Por vida!.. Sabes que tengo  
en fuerza lo que á tí Dios  
te ha dado en entendimiento;  
que soy capaz una torre  
de mover si doy en ello;  
que todo el mundo me teme;  
qué con el alma te aprecio.  
Tranquilo puedes vivir:  
si yo por la prenda velo,  
nadie te la ha de quitar  
á fe de Cristóbal Recio.

EDUARDO. Solamente te suplico  
que el afan en que me quemo  
no sepan que adivinaste.

CRIST.    Me callaré como un muerto.

EDUARDO. Tengo una resolucion  
tomada.

CRIST.                    ¿Cuál?

EDUARDO.                Ya hablaremos:  
mucho valor necesito;  
¡quiera prestármele el cielo!  
Al rey de pedir acabo

- que me incorpore en los tercios  
que han de salir para Italia.
- CRIST. Que te marches no te dejo.  
Ahora que el Baron está  
en un lúcido momento,  
(*Despues de reflexionar.*)  
voy á encontrarme con él  
y á conocer sus proyectos  
acerca de tu adorada...  
Aunque mucho lo respete,  
yo buscaré la manera...  
¿Quieres?...
- EDUARDO. Que comprenda temo  
tus ideas.
- CRIST. Pecho al agua.  
Con que á la una... á las dos...
- EDUARDO. Pero...
- CRIST. A las tres... Me voy...
- CASIANO. *Deo gratias.*  
(*Entrando y saludando á Cristóbal, que se  
va sin hacerle caso.*)  
Buenas tardes... (*A Eduardo.*)
- EDUARDO. (*Reparando en D. Casiano.*) ¡Hola!
- CASIANO. *Oremus...*
- EDUARDO. No puedo esperar.  
(*Márchase.*)

#### ESCENA IV.

D. CASIANO, solo.

¡Se van  
y aqui me dejan plantado!...  
¡*Oh tempora!* ¡*Oh mores!* ¡Quién  
me dijera hace veinte años,  
cuando con las disciplinas  
les sobaba el espinazo,  
que una época llegaría  
en que viéndose barbados,  
ni el sombrero me quitasen  
ni me besaran la mano!...  
¡El siglo tiene la culpa!

¡Siglo desmoralizado,  
en que la honradez está  
por los pies de los caballos!  
¡Dominus, Dominus meam!  
que dice el cura don Pablo:  
el mundo se va á acabar,  
y acabará á linternazos.

## ESCENA V.

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. Esta debe ser la quinta, (*Embozado.*)  
si son mis señas exactas.

¿Sabe usted si vive aqui  
el baron de Torre-Blanca?

CASIANO. Si, señor, pero á estas horas  
no es regular que esté en casa.

MONTERO. ¿Es usted de la familia?

CASIANO. Soy primo sexto del ama  
de gobierno, y de la aldea  
y de la iglesia cercana,  
sacristan, maestro de escuela,  
de la hermandad de las ánimas  
mayordomo, fiel de fechos,  
organista...

MONTERO. Bien.

CASIANO. No se halla  
en el partido persona  
de todo mas enterada.

MONTERO. Este hombre puede servirme. (*Ap.*)  
Señor santero, palabra.

¿El Barón tiene una hija?

CASIANO. Una preciosa muchacha.  
¿Quiere usted un polvo? (*Saca la caja.*)

MONTERO. No.

El rey la ha visto. (*Con misterio.*)

CASIANO. ¡Ya!

MONTERO. Trata  
de protegerla. ¿Usted sabe  
si ella tiene amores?

CASIANO. Se habla

de que Eduardo, un pobre chico,  
nacido en estas montañas,  
la festeja... pero yo  
no puedo asegurar nada.

MONTERO. ¿Y es cierto que ese mancebo  
aquí recogido se halla  
desde sus mas tiernos años  
por el padre de su amada?

CASIANO. Si.

MONTERO. ¿Que el suyo era un hidalgo  
que defendiendo á su patria  
murió en la guerra?

CASIANO. Si lo es.

MONTERO. Bien.—Conseguirá la gracia  
que pide: ya que le quita (*Ap.*)  
el rey su novia, que haga,  
que haga por él algo. ¿Y usted anhela  
algun favor del monarca? (*Alto.*)

CASIANO. ¿Yo? pienso en ir en busca suya  
cuando termine la caza  
y referirle mis cuitas.  
Me he dirigido á esta casa  
para que el Baron me preste  
alguna vieja casaca  
mas decente que la mia...  
Los monigotes no pagan  
y es necesario ingeniarse...

MONTERO. Solicita usted...

CASIANO. Que me haga  
pertiguero de los mínimos,  
y esto á mi genio se adapta.

MONTERO. Ponga usted el memorial.

CASIANO. ¡Aquí está!... *Dominus labia  
Hispanium...* Está en latin.  
(*Sacando un papel y leyendo.*)

MONTERO. Yo volveré sin tardanza,  
téngale usted en castellano  
y lo tomaré. Si calla  
usted cuanto hemos hablado,  
si de ayudarme se encarga,  
si me dice cuanto ocurra  
respecto de esa muchacha,

ella se verá feliz  
y usted logrará su plaza.  
Esto conviene á su honor.

CASIANO. ¿Cómo?

MONTERO. Ya lo he dicho, basta.

CASIANO. Pero...

MONTERO. Del rey, mi señor,  
soy montero, y de la guardia.  
(*Desembozándose y dejando ver el uniforme. D. Casiano se quita el sombrero y se queda inmóvil.*)  
Mire usted, hablo en su nombre,  
medite usted mis palabras.

## ESCENA VI.

D. CASIANO.

¡Jesus! ¿Que medite? Pues (*Pausa.*)  
como si no meditara.

No acierto qué tiene el rey  
que ver conmigo, qué causa  
existe para que á Eduardo  
y á Elisa mercedes tantas  
les dispense... «Esto conviene  
á su honor...» ¡Santa Susana!

(*Recapacitando.*)

¡Ya comprendo! Los dos jóvenes  
y fogosos y... ¡Caramba! (*Con malicia.*)

¡Qué feliz es el bribon!

¡Quien creyera! Segun anda  
de suelto el diablo, no puede  
(*Con hipocresia.*)

uno responder de nada;  
se encuentra una Magdalena  
donde pensaba una santa,  
y no se encuentra... otra cosa  
por un ojo de la cara!

En fin, la comision mia  
es altamente cristiana:

acometiéndola, logro  
encuspidarme en mi fama,



y podré pertigüear  
en mi póstuma década...  
Luego dicen que los reyes  
son malos: hé aqui un alma  
doncella que su bondad  
hoy del purgatorio saca...  
*(Entrando en la casa á tiempo que de la  
misma salen Elisa y Eduardo.)*

## ESCENA VII.

ELISA, EDUARDO.

ELISA. Si en ese capricho das,  
yo tambien tengo mi orgullo:  
ya no quiero el ramo tuyo...  
¡no le quiero!...  
*(Arrojando al suelo un ramo de flores que  
trae en la mano.)*

EDUARDO. Oye, y verás.

ELISA. Di que de mi amor no fias.

EDUARDO. Di que mis desdichas crecen,  
que en humo se desvanecen  
todas las venturas mias.

ELISA. Si era tan cierta la fe  
que me juraba tu labio,  
¿cómo dudas en mi agravio  
de la que yo te guardé?  
Si te faltó mi cariño,  
debes el modo advertirme,  
que eres dueño de reñirme  
lo mismo que yo te riño.  
Mas no sueltes amenazas  
de olvidarme en tus querellas,  
cuando sabes que con ellas  
mi corazon despedazas.

EDUARDO. ¡Elisa!

ELISA. De tus desvelos  
eres tú solo el culpado,  
que yo motivo no he dado  
para que tuvieses celos.  
Por mi pasion obligada  
tan esclava tuya soy,

que á todas horas estoy  
en adorarte ocupada,  
y no se pasa momento  
sin que las auras no asombre  
repitiéndolas tu nombre  
que se escapa con mi aliento!  
Confiesa que con desvio  
pagas á mi pecho amante,  
que eres tú mas inconstante  
que las arenas del rio;  
que si marcharte pretendes  
no lo haces por mi ventura,  
que lo haces por tu locura,  
por ocultar que me vendes!  
¡Mal empleado interés  
el que en mi daño sentí!  
Dame el alma que te dí,  
y abandóname despues.

EDUARDO. Mi intencion no has comprendido,  
ni mi lenguaje sincero:  
yo te juro que te quiero  
como siempre te he querido.  
Pero la dicha presente  
no puede hacerme olvidar,  
que á tu padre, á tu pesar,  
tienes que ser obediente.  
Que al mismo tiempo que avanza  
nuestro cariño sencillo  
se desmorona el castillo  
tambien de nuestra esperanza.

ELISA. No entiendo...

EDUARDO. Que será vano  
el fuego que nos alienta,  
como el Baron no consienta  
en que me entregues tu mano.  
Tus riquezas, mi decoro  
tampoco admitir podria,  
porque estimo la honra mia  
tanto como á tí te adoro.  
Esta es la razon, por que  
en alas de mi destino,  
en la milicia un camino

busco que gloria me dé.  
Y por eso al rey pedí  
para servirle licencia,  
por no verme en tu presencia  
sin verme digno de tí.

ELISA. Justo es tu afan, no lo niego;  
mas por no causarme enojos,  
quédate y cierra los ojos,  
puesto que el amor es ciego.

EDUARDO. No insistas.

ELISA. Mi empeño ves  
y en tu capricho te ciegas;  
yo te suplico y tú niegas;  
este es el mundo al revés.  
*(Después de una pausa acercándose con zalameria.)*  
¿Me dejarás?

EDUARDO. ¡Oh! ¡no, no!  
Vencistes, ¡Elisa mía!  
¡Vivir sin tí no podría!

ELISA. ¿Piensas que lo ignoro yo?

EDUARDO. Deja que en tu blanca mano  
por los ángeles formada  
quede nuestra paz sellada  
con este beso de hermano.  
*(La besa la mano; al mismo tiempo aparecen el Baron y Cristóbal por el foro.)*

ELISA. ¡Ah!

EDUARDO. ¡El Baron!

BARON. No suponía *(Con severidad.)*  
que en este sitio estuvieses.

ELISA. ¡Padre!

BARON. ¡Silencio!

EDUARDO. Señor...

BARON. Ahora hablaremos. Tú, vete, *(A Elisa.)*  
y espérame en el jardín.

## ESCENA IX.

BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

CRIST. ¡Hemos reñido! Como ese *(Ap. á Eduardo.)*  
banco tiene el alma... Apriétale

las clavijas... Si consientes  
yo hablaré.

EDUARDO. No.

CRIST. Ya me voy.

(Al Baron que le hace seña de que se marche, y alejándose de mala gana.)

## ESCENA X.

BARON, EDUARDO.

BARON. (Después de un momento, tirando de la espada.)

¡En guardia! Mi saña quiere  
arrancar el corazón (Con ira.)

miserable que me ofende!

¡Hablen los aceros, pues,  
y mudas las lenguas queden!

EDUARDO. Seré usted.

BARON. No puedo;

la sangre en mis venas hiere,

EDUARDO. Bien; si presume engañado  
que soy capaz de ofenderle,  
descargue usted sobre mí  
su venganza; aquí me tiene.

BARON. Esa falsa hipocresía  
ni me engaña ni me vence.

EDUARDO. Es usted padre de Elisa,  
y es justo que lo respete...  
Mas antes de condenarme  
deje usted que me sincere.  
La verdad voy á decir,  
puesto que los cielos quieren  
que, como yo presentia,  
mis desventuras empiecen.  
La amo... ¿para qué negarlo?  
con un amor tan vehemente,  
que en mi niñez ha crecido  
y al par de mi cuerpo crece;  
pero amor tan santo y puro  
como es mi bien inocente,  
como me impone mi honor,  
como ella sola merece!

*(El Baron hace un movimiento para hablar.)*

Sé que hice mal en decírselo;  
que he debido, aunque muriese,  
tenerlo oculto en mi pecho,  
y que mi delito es este.

Si le juzga usted tan grande  
que satisfacerle piense,  
aquí está mi sangre toda;  
toda derramarla puede.

Mas si por ella y por mí  
en olvidarlo consiente,  
el tiempo y mi propio amor  
serán quien mejor le venguen.

BARON. ¡En hora buena! Y tampoco  
mi rabia cebarse debe,  
aunque ofendido me crea,  
en el hijo del valiente  
que en Almansa me salvó  
la vida á mí con su muerte.

Aquel noble sacrificio  
gran recompensa merece,  
y se la doy conteniendo  
de mis iras el torrente.

Tranquilo estoy. Un consejo  
que oportuno me parece,  
será tan solo...

EDUARDO. Adivino  
cuanto aconsejarme puede;  
y mi razon la primera,  
por muy ciego que me encuentre,  
me indica en esta ocasion  
la senda de mis deberes.  
En la ausencia está el remedio  
que á todos mas nos conviene.

BARON. Si.

EDUARDO. Nadie sabrá el motivo  
que á separarme me mueve  
de estos lugares, un dia  
tan dulces y tan alegres,  
y en que con mis esperanzas  
hoy mis ilusiones mueren!

## ESCENA XI.

BARON, EDUARDO, D. CASIANO, *que sale de la casa.*

CASIANO. ¡Qué caras! Algo inconexo (*Ap.*)  
ha ocurrido: ¿qué sucede? (*A Eduardo.*)

EDUARDO. ¡Nada, nada!

CASIANO. Sé verídico.

EDUARDO. Es aprension que usted tiene:  
contento estoy, muy contento!...

CASIANO. Baron, ¿no es verdad que iriente?

BARON. ¡Qué sé yo! (*De mal humor.*)

CASIANO. ¡Yo te conjuro!...  
(*A Eduardo con solemnidad.*)

EDUARDO. Don Casiano, usted dispense.  
(*Váse por el fondo.*)

## ESCENA XII.

D. CASIANO, BARON.

(*Despues de una pausa, sacando una caja,  
y acercándose al Baron.*)

CASIANO. ¿Quiere usted un polvo?

BARON. Gracias.

(*Despues de una pausa volviendo á acercar-  
le la caja.*)

CASIANO. Es colorado.

BARON. Que no.

CASIANO. Soy hombre de mas paciencia  
que el pacientísimo Job.  
Que quiera usted, que no quiera,  
tenemos que hablar los dos.  
¿Por qué razon está Eduardo  
tan triste y de mal humor?

BARON. ¡Otra vez!

CASIANO. ¿Quién le ha ofendido?

BARON. Ninguno aqui le ofendió.  
Si no fuese usted tan viejo...  
viejisimo... ¡vive Dios  
que desfogaba en usted

la rabia en que ardiendo estoy!  
CASIANO. ¡Insulte usted á la edad!  
Nuevo prevaricador,  
reniegue usted de estas canas.

BARON. ¡Tambien tengo canas yo!

CASIANO. Pero es para mí un mocoso:  
yo mas pretérito soy,  
y era ya maestro de escuela  
cuando era usted un mamon:  
me debe usted obediencia,  
respeto... si por mí no,  
por ver estas disciplinas  
que en otro tiempo mejor  
se encargaron de enseñarle  
nuestra santa religion!

*In illo tempore ego  
parvulus terroris...* ¡Oh!

¿Por qué razon está Eduardo  
tan triste y de mal humor?

BARON. Porque va á emprender un viaje.

CASIANO. ¿Qué dice usted! ¿Y qué razon  
hay para eso?

BARON. Que él lo quiere...  
y tambien lo quiero yo.

CASIANO. ¡Marcharse! ¡no puede ser!  
Dejar así esta region  
en que infante, púbil y hombre  
él se contemporizó!

Abandonar los lugares  
en que siendo motilon,  
del *quis vel qui* las primeras  
impresiones recibió!

¡En que de la sangre suya  
el pristísimo precoz  
incendio le habrá hecho dar  
el pristino resbalon!

¡Mentira, mentira! *Nego.*

*Nequaquam!*... Intonso soy;  
mas la causa de su ausencia  
la adivino, si, señor;  
él quiere á su hija de usted,  
y usted, bárbaro, feroz,

no consiente en el connubio  
que anhela su corazón.

BARON. ¿Con que entonces usted sabe?...

CASIANO. ¡Todo! ¡todo!

BARON. ¡Voto á bríos!

¡Es decir que he sido el último  
que lo he imaginado yo!  
que he sido torpe juguete  
de un niño!...

CASIANO. Eso.

BARON. ¡Mi furor!...

CASIANO. No ha de hacerle daño.

BARON. ¿Cómo?

CASIANO. ¿Cómo? diciendo que no.

Si en usted un enemigo,  
en mí tiene un defensor!

¡Se casará con la chica!

*Ergo* con mi protección

no necesita de nadie.

Usted, nuevo caracol,  
harto hará con esconderse

y obedecer... Soy quien soy,

¿estamos? Si para hablar

tuviese autorización...

¡Ay de usted!... ¿quiere usted un polvo?

BARON. Este hombre el juicio perdió.

CASIANO. Aunque nunca he sido padre,

comprendo la situación

del que en la prole femenina

guarda el vaso de su honor,

que ya los tiempos pasaron

de Josué y de Jacob,

que *Horrendus pontus, etcétera*,

que quiere decir ¡horror!...

Así, pues, á lo hecho, pecho.

Cásense en gracia de Dios,

y lo que ha sido, que sea,

ya que el diablo lo enredó.

BARON. ¡Miserable!



### ESCENA XIII.

D. CASIANO, BARON, ELISA, *saliendo de la casa.*

ELISA. ¡Padre!

BARON. ¡Infame!

(*Ap., mirando alternativamente á Elisa y á D. Casiano.*)

¡Sospechar de su candor!  
Márchese usted al momento  
de este sitio.

CASIANO. Ya me voy.

Pero tenga usted presente  
que yo velo por los dos:  
que está usted como en el limbo  
por su insubordinación!  
que ya la conoce el rey...

BARON. ¡El rey!

CASIANO. Que... pues... si señor.

BARON. ¡Si no viese!...

CASIANO. (Me da lástima  
su terquedad y... su...)(*Alto á Elisa.*) Adios!  
¡que está usted como en el limbo! (*Al Baron.*)  
que me da usted compasión!  
(*Sale por el fondo.*)

### ESCENA XIV.

BARON y ELISA.

BARON. ¡Ya nos veremos! (Muy pronto (*Ap.*)  
castigaré su osadía.)  
Acércate.

ELISA. ¡Padre mio!

BARON. Reprenderte debería  
por ocultarme el amor  
que por Eduardo sentias.  
Es preciso que le olvides.  
¡No me entiendes? ¡Voto á cribas!  
¡A qué vienen esos lloros?  
Siéntate y habla tranquila.

(*Despues de una pausa.*)

¿Cuánto tiempo ha que os amais?

¡La verdad! Vamos, principia.

ELISA.

De fijo decir no puedo  
cuál ha sido el primer dia  
en que de nuestra pasion  
comprendimos las fatigas:  
solo sé que éramos niños  
y con intencion sencilla,  
huyendo ya de los otros  
la ruidosa compañía,  
nos íbamos á contar  
en la pradera escondida  
nuestros sueños infantiles  
entre infantiles sonrisas;  
él para mí mariposas,  
yo flores para él cogia:  
yo las daba libertad,  
él en el pecho escondidas  
las guardaba hasta mirarlas  
deshojadas ó marchitas.  
Nunca brilló de la aurora  
la plácida luz benigna  
sin hallar de mi ventana  
sobre la blanca repisa  
ramo cogido por él  
de lirios y siemprevivas:  
Aunque la palabra amor  
nuestros labios no decian,  
era tanta, sin tener  
nombre, nuestra simpatia,  
que sus ojos en mis ojos  
siempre fijos se veian,  
que á mi pesar suspiraba  
cuando suspirar le oia,  
que no hay acacia en el monte  
ni hay arbusto en la colina  
que no tenga por nosotros,  
recuerdo de aquellos dias,  
de nuestros nombres queridos  
alguna letra esculpida.

BARON.

Sigue.

ELISA.

Felices los dos  
nuestra existencia corria,  
sin que viniese á turbar  
el cielo de nuestra dicha  
de penas y de temores  
la mas leve nubecilla.  
Hasta que una tarde, estando  
junto á la fuente vecina,  
vimos caer una paloma  
por un cazador herida  
y soltar á nuestro lado  
entre mortales fatigas  
el tierno grano que alegre  
en el pico conducia  
para la fiel compañera  
de sus amores cautiva.  
«¡Qué infeliz, me dijo Eduardo,  
es esa pobre avecilla,  
contemplándola á sus plantas  
ensangrentada y sin vida!  
¡Quién sabe si con la suerte  
que la vemos nos avisa  
lo que para el porvenir  
nuestros hados nos destinan!  
¡Esta mañana al mostrarse  
el sol le saludaria,  
y habrá dejado en su nido  
á su pareja querida,  
que en vano ya esperará  
sus tiernísimas caricias!  
¡Acaso para nosotros  
se acerque tambien un dia  
en que logre separarnos  
un cazador homicida,  
en que nuestro amor concluya  
con tu existencia y la mia!»  
¡Y calló! Dos gruesas lágrimas  
rodaron por sus mejillas,  
y mi rostro en el cristal  
de la márgen cristalina  
vi retratarse de sombras  
de rojo carmin vestidas!

Desde entonces acabaron  
nuestras dulces alegrías,  
y entre continuas zozobras  
se presenta á nuestra vista  
á cada instante la pobre  
paloma, y nos martiriza  
la idea, que por nuestro mal  
ya deploramos cumplida,  
de que á nuestro amor le toque  
de los suyos la desdicha!

BARON. No dirás que no escuché  
con calma tus tonterías:  
todas se reducen á un  
necio capricho de niña.

ELISA. ¡Ay! no.

BARON. Si; seguro estoy  
de convencerte á tí misma.  
Ni tomar estado debes  
tan jóven, ni te estaria  
bien unirme con quien es  
de oscura y pobre familia!  
Con que...

ELISA. ¡Ah!  
(Viendo á Eduardo que sale.)

BARON. ¡El diablo le trae  
en esta ocasion maldita!

## ESCENA XV.

ELISA, BARON, EDUARDO, CRISTOBAL. *El tercero en  
traje de camino, y el cuarto lo mismo con una ma-  
leta pequeña debajo del brazo.*

EDUARDO. Señor Baron, mi partida  
á Italia resuelta tengo,  
y á darles á ustedes vengo  
mi postrera despedida.

ELISA. ¿Será cierto? (Ap. al Baron.)

BARON. Si.

EDUARDO. El favor  
que me acaba de otorgar  
el rey haciéndome dar

una gineta, y mi amor  
siempre fijo en la memoria,  
harán que con pecho fuerte  
busque en la guerra la muerte,  
y con la muerte la gloria!...  
¡Adios! (*A Elisa.*)

ELISA.                    ¡Eduardo! (*Llorando.*)

BARON.                    Entra en casa.

(*A Elisa, que despues de dirigir una mirada de súplica á su padre, entra sollozando en la casa.*)

## ESCENA XVI.

BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

BARON.    ¡Animo! Venga esa mano. (*Dándosela.*)  
Si hoy te parezco inhumano,  
el tiempo, que veloz pasa,  
pronto te hará comprender  
que aunque á mi genio no cuadre,  
debo cumplir como padre  
con este ingrato deber.  
No quiero esperanzas dar,  
pero adoro á la hija mia...  
y acaso mudaré un dia  
de manera de pensar.

EDUARDO. Todo mi afan es ahora  
que pueda ser feliz ella. (*Marchándose.*)

BARON.    ¿Qué quieres?  
(*A Cristóbal que ha estado en segundo término y que se acerca con timidez.*)

CRIST.                    Sigo su huella...

Me voy...

BARON.                    ¿Por qué? (*Sorprendido.*)

CRIST.                    Me encocora

el contemplarle sufrir,  
porque es mi amigo sincero...  
y asi marcharme prefiero  
á tener que sucumbir  
á cosas... ¡Mire usted dos  
personas desventuradas!

¡Si se arreglase á trompadas!...  
(*El Baron entra pensativo en la casa.*)  
En fin, yo me entiendo... ¡Adios!

## ESCENA XVII.

EDUARDO, CRISTOBAL.

EDUARDO. ¡Oh! ¡Cristóbal! (*Con el mayor dolor.*)

CRIST. ¡Bueno estás!

¡Ese viejo es una fiera!

¡Me carga!

EDUARDO. Vamos.

CRIST. ¡Espera!

¡qué diablos! Ya no te vas.

EDUARDO. ¿Qué dices?

CRIST. Es el infierno

el que le inspira á ese hombre!

¡Por vida!... O pierdo mi nombre

ó tienes que ser su yerno.

(*Se acerca á la puerta de la casa.*)

Voy á darle otra embestida...

EDUARDO. No, á todo estoy resignado:

cumpliré lo que he jurado

aunque me cueste la vida.

(*Despues de una pausa.*)

Un momento déjame:

poner una carta quiero

y dársela al jardinero

para Elisa. (*Entra en la cabaña de Martin.*)

## ESCENA XVIII.

CRISTOBAL, solo.

Alli estaré (*Señalando al fondo.*)  
aguardando. No hay quien tuerza  
mi opinion: cuanto mas veo,  
mas en mi lógica creo:  
no hay mas razon que la fuerza:  
Y yo arreglára este cisma  
pronto del modo que sé!...

Al primero con quien dé  
le voy á romper la crisma. (*Váse.*)

### ESCENA XIX.

D. CASIANO, *que viene por el fondo con un papel en la mano.*

Aunque supino, seguí  
del Montero en este trance  
el consejo, está en romance  
mi memorial. Dice así:  
«Alto, rugiente león  
en España coronado:  
Casiano Rufino Prado,  
hijo de Rufo Cenón,  
llega á vuestra majestad,  
su pequeñez conociendo,  
hacer ó decir temiendo  
alguna barbaridad;  
y expone: Que está sin blanca,  
con exígua parentela,  
que ha sido maestro de escuela  
y músico en Salamanca;  
que por intriga ruin  
y encariñarse al Borbon,  
dejó de ser serpentón  
para enseñar el latín;  
que en los tiempos primitivos,  
si no es la crónica infiel,  
tuvo en las tierras de Argel  
catorce abuelos cautivos,  
otro en el monte Thabor,  
otro mártir en la China  
y otro pinche de cocina  
de Nabucodonosor.»  
Esto no puede estorbar  
y siempre al éxito ayuda;  
si su majestad lo duda  
que lo mande averiguar.  
«Que es piramidal gabarro  
de sus arranques sencillos

el tener de los chiquillos  
que armonizar el cotarro:  
que trépidamente miro  
por los ojos del Montero  
la plaza de pertiguero  
que en los mínimos vacó.  
Plaza que obtener espera  
sin mas intrigas ni amaños,  
merced á sus muchos años  
y al genio que en él impera.  
Salud, poderoso rey,  
en cuya adornada frente  
se monta el trono esplendente  
del imperio de la ley.»  
(*Empieza á oscurecer.*)

## ESCENA XX.

D. CASIANO y CRISTOBAL.

CRIST. Nada, no encuentro ningun  
prójimo mal humorado  
que quiera andar á cachetes  
conmigo. Tan solo el bárbaro  
del guarda mayor ha sido  
con el que me he tropezado...  
le di un envite en un ojo  
y un pisoton soberano.  
¡Bruto! exclamé, suponiendo  
que me hubiese tropezado,  
y le arrimé otro empellon  
de ley... Pero el muy gznápiro,  
«Perdone vuestra merced,»  
me dijo lleno de espanto.  
¿Y quién es quien pega á un hombre  
tan fino y bien educado?  
Me eché á reir en sus barbas...  
pero alli, si no me engaño,  
distingo un hombre; se halló  
(*Reparando en D. Casiano.*)  
con la horma de su zapato...  
¡Eh! ¿Quién va?



CASIANO. Ni va ni viene.

CRIST. Pues yo veré... ¡D. Casiano!  
(*Reconociéndole.*)

CASIANO. ¡Cristóbal!

CRIST. ¡Si está de Dios!  
¡Que no tenga usted veinte años!..

CASIANO. ¡Para qué?

CRIST. ¡Para colgarle  
de un alcornoque!..

CASIANO. ¡Qué bárbaro!

CRIST. No me diga usted improprios;  
estoy echando venablos;  
y yo mismo si pudiese,  
me comería á bocados.

CASIANO. Serénate, y no seas loco.

CRIST. ¡Cómo! usted me está insultando!  
¡Usted me ha llamado loco!  
¡Que no tenga usted veinte años! (*Pausa.*)  
Venga usted acá.

CASIANO. ¡*Vade retro!*

CRIST. Ya la tormenta ha pasado.

CASIANO. No me engañas. (*Con miedo.*)

CRIST. No; el motivo  
porque irascible me hallo,  
hiciera saltar á un  
evangelista de barro;  
figúrese usted que ahora  
de la quinta nos marchamos  
Eduardo y yo, que nos echan!

CASIANO. De todo estoy enterado.

CRIST. ¿Y no se incomoda usted?

CASIANO. Pero hombre, si estoy bramando  
como un toro: no hace mucho  
que he dicho lo que hace al caso  
al Baron.

CRIST. ¡Será posible!  
merece usted un abrazo.

CASIANO. Lo perdono. Te prevengo (*Con misterio.*)  
que no se marchará Eduardo,  
porque hay quien vele por él.

CRIST. ¡Cómo?

CASIANO. Que está interesado

un personaje muy noble  
en su ventura, un pleclaro  
personaje, un personaje  
muy personaje, muy alto!

CRIST. No entiendo. ¿Quién es?

CASIANO. ¿Quién es?

Chito. No puedo revelarlo.  
Y para hacer que se quede  
ese chico, sin embargo,  
decírtelo debería...

¿Te lo digo ó te lo callo?

CRIST. Hable usted.

CASIANO. Pues sábetelo  
que... pero vas á contárselo  
á todo el mundo...

CRIST. No.

CASIANO. Si.

CRIST. No.

CASIANO. Corre al punto á buscarlo  
y di á tu amigo que pronto  
será por el rey honrado;  
que su majestad ha visto  
en estos agrestes campos,  
durante la cacería,  
á Elisa, que se ha dignado  
fijar sus augustos ojos  
en ella..

CRIST. (Está delirando... (Ap.)  
aunque el nombramiento que antes  
he visto, comprender algo  
deja... Aquí hay algún misterio  
que aclarar es necesario.)  
Con que dice usted que el rey...

CASIANO. ¡Chis! se acerca un embozado...  
Vete...

(Viendo al Montero aparecer por el fondo.)

CRIST. (Le diré al Barón  
lo que de saber acabo,  
y por si no miente este hombre  
le seguiremos los pasos.)

CASIANO. Vete.

CRIST. (¡Arrogante apostura!)

(*Mirando al Montero.*)

(*Si será...*)

MONTERO. Adios.

(*A Cristóbal haciéndole señas de que se marche.*)

CRIST. Ya me marchó.

(*Si me valiera... me quema el no saber con quién hablo.*)

(*Entra en la casa.*)

## ESCENA XXI.

D. CASIANO, MONTERO.

MONTERO. ¿Ha ocurrido algo de nuevo?

CASIANO. Mucho.

MONTERO. Diga usted.

CASIANO. Aquí está el memorial.

MONTERO. Bien, ¿qué ha sido?

CASIANO. Que se nos marcha el galán á no detenerle yo; que el padre descubrió ya los amores de la niña y está dado á Satanás. Pero puede useñoria en mi celo descansar, no soy ningun leguleyo; los mozos se casarán aunque tenga que arrastrarlos por los pelos al altar.

MONTERO. ¿De dónde supone usted que yo quiera cosa tal?

CASIANO. Yo creía...

MONTERO. ¡Mal creído!..

Se desbarata mi plan (*Con ira.*) por su torpeza.

CASIANO. Señor, que se arruga el memorial.

## ESCENA XXII.

D. CASIANO, MONTERO, BARON, CRISTOBAL, *estos dos escuchando desde la puerta de la casa.*

CRIST. Desde aquí escuchar podemos todo.

MONTERO. Enamorado está el rey de esa chica.

BARON. ¡Cielos!

MONTERO. Y por fuerza ó voluntad quiere evitar que se case con ninguno.

CASIANO. ¡Ya estoy, ya! *(Con intención.)*  
Acabáramos: la quiere proteger su majestad.

CRIST. Calma. *(Al Baron conteniéndole.)*

CASIANO. Lo entendí al revés;  
y es cosa muy natural:  
hay cosas que no comprendo,  
cosas que no lo son ya,  
cosas que son quisicosas  
para un pobre carcamal  
que en otras cosas no piensa  
que en las cosas de su edad.

MONTERO. Para lograr nuestro objeto  
algun medio se hallará.  
Al Baron sus dignidades  
antiguas le volverán;  
y una vez que esté en la corte,  
su hija diamante será  
ó las mercedes reales  
al cabo le ablandarán.

CASIANO. Lo dudo, que es el Baron  
un ente mas montaraz  
que los lobos montaraces  
que montarazan allá.  
Nadie le ha visto reír,  
nadie le ha visto llorar:  
cuando se incomoda, brama;  
cuando acaricia, hace mal,

cuando duerme, su ronquido  
parece una tempestad.

*Tremendus Aquiles ferus...*

Ya sabe usted lo demas.

Tan solo se le asimila

algo en lo descomunal

el que se marchó de aqui  
cuando á usarcé vió llegar.

Pendenciero, buscaruidos,

soberbio, nuevo Goliat,

parte un árbol con la mano;

al mas brioso alazan

en la carrera detiene,

y es de tan vil calidad,

que niños crudos comiera

si los pudiese mascar:

de seis años le encerraron

una tarde en un pajar;

dió un empellon á la puerta

y cayó todo el tapial.

CRIST. Voy á darle una puñada.

BARON. Espera...

CRIST. No aguanto mas.

MONTERO. Es preciso que haga usted  
por que el rey consiga hablar  
á Elisa. En este bolsillo (*Sacándole.*)

oro suficiente hay

para poder los criados

que la custodian ganar.

BARON. ¡Infame!

MONTERO. Tómelo usted.

CASIANO. ¡Ay! los ojos se me van  
detrás de él ; pero no puedo  
su posesion aceptar.

Delito de tercera

no cometeré jamás,

que es delito embarazoso

que no deja embarazar.

Yo pecaré por mi cuenta,

no por la de los demas.

Harto en el mundo, señor

Montero, he pecado ya

para echar en mis costillas  
pecado tan garrafal.

MONTERO. En buen hora: yo sabré  
lo que debo de hacer.

*(Rompiendo el memorial.)*

CASIANO. ¡Ay!

MONTERO. ¡Ah de casa! *(Llamando.)*

BARON. ¿Qué se ofrece?

MONTERO. Busco al Baron.

BARON. Aquí está.

MONTERO. Del rey. *(Dándole un papel.)*

BARON. Luces.

*(A un criado que habrá salido de la casa.)*

### ESCENA XXIII.

D. CASIANO, MONTERO, BARON, CRISTOBAL, EDUARDO.  
*Luego ELISA.*

EDUARDO. Vamos ya.

*(A Cristóbal saliendo de la cabaña.)*

CRIST. No.

BARON. (¡Imposible me parece  
que sufra yo tal afrenta!)

CRIST. ¿Con que soy de calidad  
tan vil? Con que...

*(Agarrándole las orejas á D. Casiano.)*

CASIANO. ¡Por piedad!

Era broma.

CRIST. En broma pues...

*(Dándole dos ó tres sacudidas.)*

EDUARDO. ¡Elisa!

*(A Elisa que sale con un criado y trae luces.)*

ELISA. Ten esperanza.

Todo el cariño lo alcanza  
cuando como el nuestro es.

BARON. (Está fuera de la ley

*(Ap. despues de leer.)*

quien me ultraja sin razon!

Yo le daré una leccion

hidalga, digna de un rey.)

Respondo á su majestad *(Alto al Montero.)*

que fiel á su mandamiento  
iré á la córte al momento;  
que agradezco su bondad. (*Pausa.*)  
Se me olvidaba añadir  
que aunque el ir solo me aflija,  
mañana debe mi hija  
con su marido partir  
para Italia. (*Váse el Montero.*)

EDUARDO.

¡Oh!

CRIST.

Bien está. (*Ap. con alegría.*)

ELISA.

¡Padre mio!

### ESCENA ULTIMA.

ELISA, D. CASIANO, BARON, EDUARDO, CRISTOBAL.

BARON.

Cuando no  
me necesite el rey, yo  
iré á buscaros allá.  
(*Abrazando á Elisa y á Eduardo*)  
Vamos, ya sois venturosos.

ELISA.

EDUAR.

} Si.

BARON.

La córte dejaré  
muy pronto, y feliz seré  
si os miro buenos esposos.  
Esta noche en mi capilla  
para siempre os unireis,  
y en seguida marchareis  
para Italia; yo á Castilla.

CRIST.

(¡Vale este hombre un Potosí!)

BARON.

Que ignoren lo que ha pasado  
ellos siempre. (*Ap. á Cristóbal.*)

CRIST.

Bien pensado.

Ya no me marcho de aquí.

CASIANO.

Todos contentos estan  
y yo la víctima he sido:  
mi memorial he perdido,  
me quedo de sacristan.  
Con la garulla ruin  
eternamente lidiando,  
mi vida iré destrozando

y destrozando el latin.  
El sueño de mi ambicion  
hipérbole triste fué:  
volar quise y me quedé  
como el gallo de Moron.  
Paráfrasis desdichada!  
(Dirigiéndose al público.)  
Si al fin en premio á mi anhelo  
lograra el dulce consuelo  
de escuchar una palmada!...

**FIN DE LA COMEDIA.**

---

**GOBIERNO CIVIL DE LA PROVINCIA DE MADRID.**

*Madrid 8 de Noviembre de 1856.*

*Conforme con el dictámen del censor Ilmo. señor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, puede representarse esta comedia en un acto titulada: El Dómine y el Montero.—Zaragoza.*



